

LA FORMACIÓN

El lema de la Asamblea, que nos invita a beber en la misma fuente y caminar juntas en un camino de esperanza, me procuró el hilo conductor de estas reflexiones sobre la formación: vamos a verla como **fuentes y caminos**.

Las reflexiones que vamos a hacer se refieren en principio a la formación inicial, pero son perfectamente aplicables a la formación permanente. Los documentos del magisterio señalan que formación inicial y formación continua no difieren sustancialmente. Diría que la diferencia es “funcional”, es decir, mientras que la primera tiene un objetivo pedagógico de iniciación y preparación a la consagración; la segunda tiene el sentido de la profundización. Cuando en las visitas a los monasterios pregunto cómo va la formación permanente en la Comunidad, me responden acerca de los cursos y conferencias que pueden o no tener, me dicen si en el horario hay un tiempo dedicado al estudio, si se cumple o no. Y está bien, porque me están hablando de actividades que podemos desarrollar en torno a la formación. Pero las actividades son un aspecto; la formación es una actitud de vida, es mucho más que una actividad. Por eso, decimos que formación inicial y permanente no difieren esencialmente.

Ante todo, reconocemos como nuestra fuente a la Palabra de Dios en la Biblia. Las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia nos van a dar la visión de la formación como camino. Y la doctrina y enseñanzas de nuestros Santos Fundadores, a nosotras visitandinas, nos pueden procurar la visión de fuentes y caminos, es decir, como una exégesis de la fuente bíblica que va iluminando los conceptos, y como un camino que acoge el Magisterio y lo traduce para nosotras.

CONCEPTO BÍBLICO

ANTIGUO TESTAMENTO

¿Qué nos dice la Palabra de Dios acerca de este tema? ¿Cuándo aparece por primera vez en la Biblia el verbo “formar”? Ya en el capítulo 2 del Génesis, leemos: “Y formó Yahvé Dios al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida, de modo que el hombre vino a ser alma viviente... De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre, formó una mujer”. La historia de la humanidad comienza con la revelación de un Dios cuya primera acción con respecto al hombre y a la mujer es formarlos, darles una forma concreta, pensada por Él. El Creador, el Dios de la revelación, que con sola su palabra saca todas las cosas de la nada, diciendo simplemente “hágase”, cuando se trata del hombre pone manos a la obra: modela, sopla y dice una palabra, “creced”. Ese trabajo de sus dedos divinos de alfarero modelador respondía a un programa, un plan divino, una “ratio formationis”, que dio forma y dejó huellas en nuestra vasija de barro. El programa quedó escrito en nuestra humanidad, es indeleble, irrenunciable y constituye el secreto último de nuestra existencia. Hay un autor que decía: “Es una cosa muy dulce y sin mezcla de bajeza, el

haber sido creados por un Ser como Él”, hay una nobleza desde el origen. En la conciencia bíblica esto estaba muy claro; el concepto de formación, de aprendizaje estaba esencialmente vinculado al gesto creador: “tus manos me hicieron y me formaron, instrúyeme para que aprenda...” (Sal 118); “Cuando en lo oculto me iba formando...Te doy gracias porque fui formado portentosamente...” (Sal 138), hay una pasividad en el hombre, un recibir una acción formativa. Si en nuestro origen siempre hay un Alguien, sólo en conexión y dependencia con este Origen emerge la verdad del misterio de nuestro ser.

Fijémonos en el capítulo 31 de nuestras Constituciones; qué bien elegida la primera cita del profeta Jeremías para encabezar justamente el capítulo del noviciado: “Como el barro en las manos del alfarero, así sois vosotros en mi mano, casa de Israel.” (Jr 18, 6)

El hombre tenía en su ser esa impronta, esa huella divina, pero eligió mal. Quiso alcanzar la meta de su formación, quiso aprender pero a su modo y el árbol de la ciencia del bien y del mal le ofrecía un fruto deseable para alcanzar sabiduría; y prefirió ese camino, un programa, una “ratio formationis” distinta de la de Dios. La consecuencia ya la conocemos: se corta el vínculo con la fuente, se rompe la dependencia entre la vasija de barro y las manos que la modelaron. El hombre quiso darse forma a sí mismo y, fuera de la mano de su Creador, y nos quedó como resultado una humanidad “amorfa”, sin forma.

NUEVO TESTAMENTO

Dios no renuncia a su programa y a su forma, y lo arregla; lo que Él había hecho al principio “vio que era muy bueno”, y entonces vuelve a modelar, forma en las entrañas de María, por obra del Espíritu Santo, esa nueva humanidad, que fue asumida por su Verbo. A partir de este momento, bíblicamente vinculamos formación con esta recreación, que es la Encarnación del Hijo. Cristo es ahora el programa, la nueva ratio ¿Cómo hace el hombre para volver a la fuente de la que brotó? Por Cristo, con Él y en Él. Nuestro Santo Padre en el Tratado lo sintetiza así: “¿Qué no hizo el divino Amante en lo que se refiere al amor?...Se prodigó a nosotros por entero y, como si dijéramos, rindió su grandeza para reducirla a la forma y figura de nuestra pequeñez, por lo cual es llamado manantial de agua viva, rocío y lluvia del cielo”. (TAD X, 17) Él vino a regar y empapar nuestra tierra, esa arcilla deformada, amorfa, que se había secado, se había puesto dura, Él la regó para que volviera a ser modelable. ¿Qué quiero decir con esto? Que una profunda comprensión del misterio de la Encarnación tiene que estar en la base de todo proyecto formativo, porque es el modo que Dios eligió para que volviéramos al origen, a recuperar en toda su frescura nuestra primera forma. Nuestro Santo Padre tuvo luces especialísimas respecto a este misterio y por eso fue un pedagogo excelente, inspirador de congregaciones dedicadas a la educación y reeducación. Su intuición, resumida en esta frase: “Dios es Dios del corazón humano”, es expresión de esa óptica desde la que contempla la Encarnación. El hombre ya no sabe ser hombre y Dios se hace hombre para enseñárselo. Vimos que la consigna que el Creador le había puesto al primer hombre: “creced”, se vio obstaculizada. Como

consecuencia de ello, el hombre pierde la correcta percepción de sí mismo, no coincide la mirada que tiene de sí mismo con la mirada de Aquel que lo hizo; se avergüenza de lo que es, tiene miedo y se esconde. El Señor se apiada y lo viste. Dios es amante y constante en sus costumbres misericordiosas. A su Hijo lo reviste de nuestra carne mortal; a nosotros en el Bautismo nos regala una vestidura blanca, signo de inocencia y en la vida religiosa nos reviste un hábito, signo de consagración. Dijimos que formación era ahora recreación. ¿En qué sentido? En que el Verbo hecho carne es la gran invitación a volver al plan original, al Génesis, a nuestra propia génesis, al secreto último de nuestra existencia; es como si el Señor nos dijera: “Yo soy sabio y lógico, no puedo crear algo que no tenga un gran sentido y un profundo valor. Cuando te hice, mis ojos te vieron muy buena. Recuperaré esa mirada”. Es nuestro problema: se nos enturbió la visión. Nuestro Santo Padre hacía mucho hincapié en esto: conciencia de Quién me mira y me hace y cómo me mira y qué hace. En la Introducción a la vida devota: “Procura, cuanto más a menudo puedas, llamar tu espíritu a la presencia de Dios y mira lo que hace Dios y lo que tú haces; verás a este Señor que tiene siempre vuelto hacia ti su rostro, clavados en ti continuamente sus ojos con amor incomparable. ¡Oh Dios!, dirás, ¿por qué no estoy yo mirándoos siempre, como vos continuamente me miráis?... ¿Adónde estamos, alma mía?”. En el Tratado del amor de Dios precisa más esta visión; nos dice que Jesús está “detrás de la pared de su humanidad” y nos habla de la manera de mirarnos a través de sus llagas “como por celosías”; su mirada es atenta, amorosa y constante, (las mismas características que más adelante le atribuirá a la “simple mirada” de la oración contemplativa). El Corazón del Salvador “tiene sus ojos clavados en nuestros corazones” y reclama, a su vez, nuestra mirada, porque su amor es el único que puede decirnos quiénes somos, y devolvernos lo que perdimos: “Ven, amada mía, y para verme más claramente, ven a las mismas ventanas por donde Yo te miro. Ven y muéstrame tu rostro; Yo le veo ahora sin que tú me lo muestres; pero entonces lo veré y me lo mostrarás, porque tú verás que Yo te veo”. (TAD V, 11) Únicamente mirándonos en la luz y a la luz de cómo Él nos mira, podemos conocer quiénes somos en la verdad, cómo nos pensó nuestro Formador en el origen.

Les comparto, a modo de ejemplo, una experiencia, que puede ayudar. Nosotras damos tanta importancia a este tema de la mirada de Dios sobre nosotros mismos, que empezamos por acá desde antes que las candidatas ingresen. Hoy en día, nos encontramos con jóvenes, que vienen con una autoconciencia deformada, empobrecida. Una percepción de sí mismas que depende de un ambiente que no se mueve en la verdad: el mundo de la falsa imagen. De alguna manera el tema de la mirada de Dios surge en un retiro (anterior a la experiencia en clausura) que les proponemos para el discernimiento vocacional. Copio el testimonio de una de ellas: “Cuando hice mi primer retiro en la Visitación, una de las meditaciones que me tocó fue el capítulo 4 de San Juan, la samaritana. Personalmente me encantaba...aunque había una expresión de Jesús que nunca había comprendido del todo porque me resultaba abstracta, cuando en realidad nada hay más concreto que Jesús y el Evangelio; lo que ocurre es que al “niño” hay que explicarle. La frase era: “si conocieras

el don de Dios". Siempre me quedaba como un niño que no entiende matemáticas; ¿qué es eso del don de Dios?, me preguntaba. ¿Será Dios mismo? ¿Jesús? ¿El Espíritu Santo? ¿El amor? ¿La santidad? Fue entonces cuando fui a conversar con la Hermana Maestra, que dirigía mi retiro, quien me dio una respuesta. El don de Dios era efectivamente todo eso, pero algo más. "Vos misma sos también un don de Dios", me dijo. ¿Cómo explicar lo que sucedió en mí? Algo se liberó, como si hubieran desatado a un pajarito. Enterarme de esto me explicó mi capacidad de ser libre. Pensé: mi ser es un regalo que Dios me hace a mí misma, a los demás y para El también soy un don. Sólo desde el momento en que me conocí así, mirándome a mí misma, toda yo, con amor y verdad, pude empezar a pensar en la palabra "humildad", humildad desde la raíz, la verdadera, la que me hace mirarme a mí misma sin miedo, sin tristeza, ni enojo, sino con gratitud por la maravilla que Dios hizo al crearme."

Sólo la mirada de Jesús nos puede regalar esta verdad y vivirla, porque nos constituye.

Formación entendida como creación nueva, como recreación, implica forjar en nosotros una receptividad, que permita una percepción luminosamente consciente de que **Alguien me hizo y me está haciendo ahora**, y que vivir es volver al contacto vivificante de los dedos modeladores de Dios; Él, el Verbo Encarnado, ahora más que nunca tiene manos humanas de artesano: "Mi Padre trabaja siempre y Yo también trabajo", dice Jesús (Jn 5, 11). Así como me dio y me sigue dando el ser natural, de lo contrario volvería a la nada; me dio y me sigue dando el ser sobrenatural, o sea, no sólo la vida sino SU MISMA VIDA y en abundancia. Esta es la novedad que trajo Cristo.

MAGISTERIO

Concepto de formación

Ahora vamos al Magisterio y veamos cómo el concepto de formación encuentra un encuadre perfecto en estas verdades. Juan Pablo II nos dice en Vita Consecrata: "La formación es un proceso vital a través del cual la persona se deja transformar por el Verbo de Dios desde lo más profundo de su ser... Teniendo en cuenta que el fin de la vida consagrada consiste en la conformación con el Señor Jesús y con su total oblación, a esto se debe orientar ante todo la formación. Se trata de un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre" (VC 65). Esto se repite en todos los documentos como contenido y finalidad de la formación.

Cabe que nos preguntemos: ¿qué papel desempeñamos en esta asimilación? El humilde papel de una libertad que colabora, de nuevo somos la arcilla que se deja modelar; los documentos lo definen así: la formación supone una colaboración con la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en nuestro corazón los sentimientos del Hijo.

La ratio formationis

En todos los documentos se habla de la importancia de la ratio formationis; se la define como el programa formativo inspirado en el carisma específico de cada Instituto

(PI 85; VC 68; VS 23). Su importancia radica en que, dada la envergadura de la tarea que tenemos por delante, no podemos dejar las cosas libradas a la improvisación.

Comenzamos hablando de la formación como fuente, como origen. Ahora la consideramos como proceso, como camino. Un camino requiere un mapa y ese mapa de ruta es el **programa, la ratio formationis**. Decíamos que el hombre tiene que volver a su tierra natal, al origen de su existencia y, después del pecado, no sabe desde dónde, por dónde, ni hacia dónde, o sea desconoce su identidad (como en otro tiempo en el paraíso, ahora continúa escondiéndose, porque se avergüenza de sí mismo), perdió el norte. Pero Dios inventó algo maravilloso, no sólo nos indicó el camino, nos puso un cartel: se hizo Él mismo camino, compañero, contenido del camino y destino final. Sólo Dios porque es Dios y porque se hizo hombre, pudo hacer algo así. No recorreremos un sendero material establecido de antemano, sino que nuestro camino es una Persona viva, el Señor Jesús, y la peregrinación consiste en nuestra relación cotidiana de amor con Él.

El programa sigue inserto en la humanidad ¿Cómo nos damos cuenta de la existencia, en nosotros, de este programa, llamémoslo huella creacional? Por los deseos, las búsquedas, las preguntas, las exigencias y evidencias que nunca abandonan nuestro corazón: nuestro anhelo de bien, de verdad, de belleza, de felicidad, de amor, el horizonte para el que está hecha nuestra vida, aquello por lo cual y hacia lo cual estamos en camino, aquello por lo cual estamos acá, ¿qué busco?, ¿qué quiero? Nuestra tarea se perfila así, en esta condición de peregrinos que buscan, marcados por una nostalgia, pero, aclaremos: “aquello” por lo que estamos en camino tiene un Rostro: sólo Cristo, Verbo hecho carne y habitando entre nosotros se hace respuesta a nuestra nostalgia.

El “principio y fundamento” del programa

Según esto ¿cuál puede ser el **punto de arranque del programa**? El único punto original, en el que el hombre encuentra su consistencia, en el que logra pararse sobre roca firme es: la conciencia de su ser, del sentido de su vida y su destino, que es Cristo. Si no ponemos esto: la vasija sigue rota y el contenido que le ponemos dentro pasa de largo, chorrea.

En nuestra Comunidad, vivimos hace unos años, un período de mucha zozobra con respecto a la perseverancia de las vocaciones. Preguntándonos el porqué de tanta inconsistencia, tanta inestabilidad en las jóvenes, hoy sí y mañana no, llegamos a esta convicción: en la formación nos faltaba este capítulo, lo dábamos por sabido, por descontado; y, con la mejor buena voluntad, brindábamos un contenido valiosísimo, pero que pasaba de largo, porque no había recipiente. Nuestra Santa Madre lo expresaba así: “es que se viene a la religión sin ser cristiana” y “se comienza por el techo y no por el fundamento”.

Llevar a cabo este programa de reencontrar nuestra consistencia original es algo que evidentemente nos supera. Nuestra masa es muy densa, muy pesada y se necesita un fermento, una levadura muy potente, o más bien, omnipotente, para que pueda

leudar. Jesús se hace fermento en el interior de mi masa. “Él conoce nuestra masa, Él sabe cómo estamos hechos, se acuerda de que somos barro” (Sal 103). Sobre esa masa pesada, sobre ese barro quebradizo inicial actuó la Redención, es decir, el misterio pascual, Cristo se nos insertó. En nuestras Constituciones esto está muy claro: “Arraigada en el misterio pascual de Cristo, la novicia debe llegar a ser un alma fuerte” (122). Por lo tanto, el comienzo del programa es reconocer lo que soy y lo que Él ha hecho en mí, lo que Él ha puesto en la raíz de mi ser, reconocer que soy una criatura nueva y eso ya me fue dado: mi identidad bautismal; un Ser se nos ha insertado y nos constituye. Si como formadora no vivo esto, ¿cómo lo explico?; y si lo vivo, no tendré dificultad para explicarlo, porque salta a la vista. Benedicto XVI lo expresó así en una Vigilia pascual: “El yo mismo, la identidad esencial de mi ser ha cambiado. Se me quita el propio yo y es injertado en un nuevo **Sujeto** más grande. Así, está mi yo pero abierto por la inserción en el Otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia (si no entendí esto, ¿cómo voy a comprender el: “no deben vivir, respirar, ni aspirar sino por su Esposo celestial”?). Esta inserción de nuestro yo en el Yo de Cristo nos sitúa en la inmensidad de Dios. Vivir la propia vida como un entrar en este espacio abierto, es el sentido de nuestro ser de bautizados (“La pérdida de sí misma en Dios” de Nuestra Santa Madre). Nuestra vida es comunión existencial con Él, por estar insertos en Él que es la Vida misma.” Esto es la gracia, participación en la vida divina, gracia habitual o santificante, nuestro organismo sobrenatural, la “sobrenaturaleza” que Jesús me regaló; a esto se añade el concurso constante de la gracia actual que pone en movimiento todo este universo y que Nuestro Santo Padre, en su bendito tercer artículo, nos pone a mendigar de la mañana a la noche. Hasta aquí lo que debería constituir el inicio del programa de formación: la conciencia clara de nuestra identidad bautismal, nuestra verdad. Si salteamos esto el edificio no tiene cimientos. Construimos sobre arena. Por eso, todos los programas de formación, nos dice el magisterio, comienzan por la identidad, basada en una correcta antropología.

Contenido del programa

Vamos ahora al **contenido del programa**. En todos los documentos eclesiales encontramos este contenido del itinerario como una “progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo”. Convergamos en que hacer míos los sentimientos de alguien como programa de vida y con el matiz de intensidad y penetrabilidad que sugiere una “asimilación”, no es algo tan sencillo, al contrario, el nivel de los sentimientos es algo muy mío, muy parte de mi naturaleza íntima y, por decirlo así, es uno de los últimos baluartes que entrego. Sólo un gran amor justifica un gesto de esas características. Significa que soy consciente de que soy objeto de los sentimientos de Aquel que piensa, ama y siente, es decir, que por su parte hay un vínculo tendido hacia mí y yo lo tomo, porque me interesa muchísimo y quiero ser también sujeto, los hago míos, me los apropio. Ese mundo interior que se me ofrece corresponde al programa que el Padre Creador escribió en mi naturaleza y que el Hijo, que vino a hacer nuevas todas las cosas, me brinda como Maestro recreador. Por eso la Iglesia define la formación como “un proceso vital”, no simplemente un acopio de información intelectual, erudita, teórica (que también se necesita); se trata de dar espacio en nuestro interior a

una Vida que viene a otra vida, con la frescura e inmediatez de un contacto cotidiano, en el que todo se comparte. Esto es lo que tenemos que enseñar principalmente a nuestras formandas.

Un contenido que llega a cada dimensión

Si hablamos de contenido, no podemos dejar de mencionar las dimensiones de la persona, a las que este contenido tiene que llegar. Así nos lo señala el magisterio en Vita Consecrata: «La formación debe abarcar la persona entera, de tal modo que toda actitud y todo comportamiento manifiesten la plena y gozosa pertenencia a Dios, tanto en los momentos importantes como en las circunstancias ordinarias de la vida cotidiana [...] Deberá ser formación de toda la persona, en cada aspecto de su individualidad, en las intenciones y en los gestos exteriores.» (VC 65)

Este aspecto de las dimensiones es también muy querido por Nuestro Santo Padre; él mira la realidad como un todo, pero esa mirada abarcadora no pierde de vista los aspectos particulares. Desde el primer capítulo del Tratado: “Que para la belleza de la naturaleza humana ha entregado Dios el gobierno de todas las facultades del alma a la voluntad”, nos hace notar la belleza de la libertad, que junto con la razón es lo más humano que tenemos; la belleza que resulta de un conjunto en el cual las partes se distinguen y, a la vez, se conjugan y armonizan. Así, nos dirá que “el hombre es la perfección del universo, el espíritu es la perfección del hombre, el amor es la perfección del espíritu y la caridad es la perfección del amor”. (TAD X, I) En esta enumeración hay una ascensión en la que cada nivel es, a la vez, asumido y trascendido. Y aquí hay una verdad profundísima: un genuino camino formativo no desprecia nada, no deja nada afuera, nada anulado o sin respuesta, porque se funda en el plan del Creador en el que todo era muy bueno y en la Encarnación en la que Jesús asumió todo, para que todo en nosotros pueda llegar a su plenitud. Es importante señalar que las dimensiones que conforman al ser humano están íntimamente ligadas entre sí, y que cada una solicita a las otras. Los documentos insisten en que la formación no sólo debe tener un carácter de totalidad, sino que además debe ser integral e integradora. Una formación integral se opone a una formación desarticulada. Las dimensiones de la persona no son planos yuxtapuestos, que caminan paralelos, sin encontrarse, ni compartimentos aislados, por eso no basta un desarrollo por separado de cada dimensión, sino que éstas se deben desarrollar de manera convergente, al modo de una fusión armoniosa, porque están constantemente interactuando. Por ejemplo, en la vida contemplativa, el contenido intelectual debe desembocar en la sabiduría del corazón, como modo de vivir, de orar, de mirar la realidad, de relacionarme. Cada una de las dimensiones formativas: humana, psicológica, intelectual, espiritual y religiosa, se ordenan a la transformación del corazón, a imagen del Corazón divino humano de Jesús.

¿Qué entendemos al decir corazón, transformación de nuestro corazón? Libertad, razón y afecto, eso es el corazón del hombre para San Francisco de Sales. La formación debe ocuparse de que la persona valore y cultive estas tres dimensiones. Esto es lo que nos hace verdaderamente humanos: que obremos en libertad, que seamos razonables

y que nos movamos por un amor. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades de la persona, que incluya, por así decir, a la persona en su integridad. En la espiritualidad salesiana esto es un punto clave: el poder ordenador, armonizador, sanante, transformante, de un amor iluminado por una razón que busca la verdad y que, por tanto, obra libremente. Y fuimos fundadas precisamente para este fin: “vacar”, dedicarnos, consagrarnos a buscar “la perfección del divino amor”. Por eso Nuestra Santa Madre podía tranquilamente aconsejar así a una maestra de novicias: “Que os baste enseñarles con un cuidado afectuoso todo lo que pertenece al Instituto.” Ella sabía que lo teníamos todo ahí: el fin del Instituto se ordena al amor y el amor es capaz de ordenarlo todo.

Veamos el tema de las dimensiones en particular. En el programa de algunas federaciones, este tema se plantea esquemáticamente así: en la aspirante que ingresa tenemos que formar a una mujer, a una cristiana y a una religiosa visitandina.

Dimensión humana

La candidata que nos llega es una mujer y tenemos que atender a esa dimensión humana en todos sus aspectos. Según el ideal de Nuestros Santos Fundadores, nuestra formación ha de desarrollar e integrar todos los dones, todos los límites y toda la historia personal en el proyecto de Dios. Ningún aspecto de nuestra humanidad puede quedar al margen del proceso formativo, pues sería un lastre, fuente de división interior y un obstáculo al crecimiento. Este aspecto lo encontramos muy claro especialmente en las primeras cartas de dirección espiritual de Nuestro Santo Padre a Nuestra Santa Madre, cuando ella comienza su camino formativo con él, saliendo de aquel ámbito de dirección espiritual asfixiante en que estaba. El pasado, como parte de la vida, no está sólo detrás de nosotros, sino dentro de nosotros. Cuando se vive con gratitud y gozo lo que se es y lo que no se es, lo que se tiene y lo que no se tiene, cuando la historia pasada se asume con fe, sin negarla y sin constituirnos víctimas de ella, a la luz del amor de la propia abyección también, es posible un proceso de maduración armoniosa. Hoy esto es un desafío grande, considerando cómo es la humanidad que nos llega.

Las jóvenes que se sienten atraídas por nuestra vida no buscan una alternativa fácil; más bien tienen una gran sed de radicalidad y de absoluto, son sensibles a ciertos valores tales como autenticidad, la entrega a una causa elevada, la justicia, la solidaridad, pero son frágiles desde el punto de vista de la madurez psicológica y afectiva.

Se dice que, detrás de lo que el Papa Francisco llamó “cultura del descarte”, hay una visión de la vida según la cual una persona vale por lo que hace, no por lo que es. Esta cultura puede impulsar a los jóvenes a volcarse en una actividad desmedida, sin una plena conexión con la propia identidad, y a valorar más los logros externos alcanzados que los valores interiores y espirituales.

En la cultura actual impera un permisivismo moral que lleva a la búsqueda de gratificaciones inmediatas y deja como saldo experiencias negativas. Hay que dar a esto una adecuada atención durante la formación inicial, ayudando a descubrir que

Dios se sirve de nuestra “historia triste” para afianzar en nosotros el deseo de un amor auténtico, que sacia para siempre.

Por otra parte, la ideología de género en el panorama cultural puede alterar el marco de referencia en la identidad femenina. A esta luz, se hace importante ofrecer, como parte de la formación, una educación en la verdad sobre la persona y el amor, basada en una antropología cristiana.

En un mundo que propicia el sentido de la igualdad como valor, los jóvenes viven de manera más natural que en el pasado la relación con la autoridad. No podemos negar que hoy cuesta más reconocer en la figura del superior un representante legítimo de Dios. Nos toca en este punto formar en la visión de fe y la aceptación del plan divino.

Como señala el Papa en la *Evangelii Gaudium* (nº 25) tenemos que ser conscientes de que, «en la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio». La cultura de lo provisorio hace difícil aceptar compromisos de vida definitivos, y busca preservar una zona indefinida, como una posibilidad abierta a otras opciones, favoreciendo con ello la fragilidad estructural de la persona, incapacitándola para tomar decisiones. La cultura de lo inmediato exige recompensa instantánea de los propios esfuerzos y tiene dificultad para esperar los frutos de una tarea a largo plazo. La cultura de la imagen y la tecnología de la comunicación imponen un ritmo vertiginoso y superficial, que entorpece nuestra capacidad de reflexionar y de relacionarnos con las personas. Hay mucha comunicación, pero menos comunión.

¿Qué hacer ante este panorama? A cuestiones difíciles, respuestas seguras. Ante estos desafíos que el mundo nos plantea a través de los criterios y dificultades que traen las vocaciones que hoy nos llegan, la Visitación tiene un gran tesoro que ofrecer: su humanismo salesiano, capaz de dar una respuesta ampliamente satisfactoria. Veamos algún ejemplo. Al modelo que nos propone la cultura individualista de un hombre encerrado en sí mismo, porque cree que se basta a sí mismo y que puede ser para sí mismo su propia ley, nuestra Orden le ofrece el rostro amable del Dios que se hace encontradizo porque ama, el Dios de los encuentros; el modelo de la Virgen María en su misterio de la Visitación; la vida comunitaria como parte integrante de nuestro carisma; una espiritualidad que marca las relaciones recíprocas con un sello de dulzura, humildad, cordialidad; los encuentros personales con nuestras Superiores y Maestras. En este último aspecto, la Visitación tiene que reconocer como un gran don recibido de Dios el vínculo de apertura, sencillez y confianza que, desde el noviciado, se nos concede tener con nuestras Superiores y Maestras. Para la formación es una herramienta preciosísima; como decía Nuestro Santo Padre: “Bienaventuradas aquellas que sencilla y devotamente practiquen este artículo, que enseña una parte de la sagrada infancia espiritual, tan recomendada por Nuestro Señor.”

A aquellas jóvenes que llegan afectiva y espiritualmente heridas por experiencias negativas, la Visitación les enseña a abrirse al amor misericordioso del Corazón de Jesús y a leer su propia historia en humildad, desde la visión que Él le ofrece. A partir de aquí, se puede comenzar un camino de crecimiento. La madurez en este ámbito podríamos definirla como un “amor ordenado y ordenador”, que lo embellece todo, tal

como nos lo decía Nuestro Santo Padre: “para la belleza de la naturaleza humana Dios entregó el gobierno de las facultades del alma a la voluntad” que ama. Ese orden restaurado significa que la persona sea dueña de sí, se posea, en lo físico, en lo afectivo y en lo espiritual para poder consagrarse a un Amor, con mayúscula. A las que comienzan, les damos una premisa de base, que en el proceso formativo deben ir corroborando y experimentando por sí mismas: Cristo da a la persona dos certezas fundamentales, la de ser amada infinitamente y la de poder llegar a amar con toda su capacidad.

Dimensión cristiana

La joven que llama a nuestra puerta es cristiana y queremos ayudarle a profundizar y vivir su carácter de cristiana. Por lo general, nuestras candidatas llegan con una formación rudimentaria en este campo, por no decir en muchos casos errónea, y sus conocimientos doctrinales son insuficientes. Nos toca colmar este vacío procurando bases sólidas a esa vida en Cristo, que se les propone. Volviendo a la imagen primera, digamos que hay que empezar por recomponer la vasija, el recipiente y esto lo hacemos ocupándonos de las dos primeras dimensiones, humana y cristiana. Conocer experimentalmente a Cristo y fundar en esto la propia vida implica un vuelco profundísimo de valores y, por tanto, requiere un discipulado. Somos responsables como formadoras de proporcionar herramientas y contenidos adecuados. Nuestras Constituciones señalan los siguientes puntos: “se dará a las novicias una sólida formación bíblica, doctrinal y litúrgica.”

Formación bíblica: La Iglesia nos indica que el fundamento de la formación es la revelación contenida en la Sagrada Escritura. El estudio de la Biblia tiene que ser el alma de todo proyecto formativo. Esto fue parte esencial de la tradición monástica desde los inicios: la teología monástica era principalmente “escucha de la Palabra de Dios”, como camino de purificación del corazón y conocimiento de los misterios divinos. En la vida contemplativa asume la modalidad de la lectio divina, de manera que el estudio, al calor de la meditación, oración y contemplación, desemboca en un conocimiento experiencial. El contacto diario, amoroso, orante con la Palabra de Dios nos va haciendo adquirir una especie de sexto sentido, un instinto sobrenatural que nos hace verlo todo de un modo nuevo y nos permite dar ese vuelco de valores y renovar la propia mente “para discernir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom 12, 2). El documento *Potissimum institutioni* (1990), en la parte dedicada a los contemplativos, nos dice que: “un estudio bíblico serio garantiza la riqueza de la lectio...por tanto, el estudio de la Palabra de Dios no puede considerarse secundario”; señala también que la iniciación a la lectio divina “requiere un ejercicio intenso durante el tiempo de formación y sobre ella se apoyan todas las etapas posteriores”. (PI nº 74.76)

Formación doctrinal: Dijimos que el Bautismo puso fin a mi existencia simplemente humana y me hizo cruzar el umbral del misterio, mi yo se insertó en el Infinito, en la vida de Jesús y esa Vida ahora está metida en la entraña de mi cotidianidad. Disculpen que repita; es que la importancia de esto es capital. Si no lo tenemos claro, la vida

espiritual, arranca mal y se reduce a una concepción muy parcial: un esfuerzo moral por imitar a un modelo externo y una visión de la santidad basada por demás en los méritos personales. Esta óptica contiene elementos verdaderos, porque de hecho el Señor es nuestro modelo, y el esfuerzo, la imitación y los méritos tienen que estar, pero subyace el riesgo de confundir los conceptos y no tener claro Quién es el protagonista principal del camino y cómo se realiza el recorrido. Por esto se hace indispensable una buena formación doctrinal y la profundización especialmente en los temas de Creación y Redención, Sacramentos, doctrina de la gracia. Y, dentro de este último, el tema de las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Es cierto que no es fácil hacer estudios teológicos sistemáticos; pero si queremos algo muy a nuestro alcance, un compendio luminoso de doctrina, lo podemos encontrar en el Tratado del amor de Dios; en él tenemos, además de los temas señalados, fundamentos de filosofía, antropología, teología dogmática y espiritual. Es una obra ardua para las que comienzan, pero acompañándolas en su lectura, se va formando el gusto por las verdades de la fe, vistas desde nuestra espiritualidad. Las mismas verdades, presentadas en forma práctica y a modo de oración, las encontramos en nuestro Directorio espiritual, que es un tesoro de doctrina que se va haciendo vida, como un modo práctico de formarnos y estudiar.

Formación litúrgica: La liturgia es el eje en torno al cual gravita la vida de oración de los monasterios. De hecho, reconocemos en la oración litúrgica el momento privilegiado, lo nuclear de nuestra misión de glorificar y adorar a Dios, y la realización del apostolado contemplativo por excelencia. La liturgia siempre será la expresión orante de una comunidad contemplativa y el modo de celebrarla refleja la importancia que le damos.

Les comparto una experiencia. Para nuestra Comunidad, el haber procurado darle (y seguimos procurando, estamos en camino) a la liturgia su lugar, su valor y su importancia representó un cambio muy decisivo. Recibimos providencialmente ayuda del exterior: hicimos algunos cursos de formación litúrgica y música sacra, que nos esclarecieron y, en algunos puntos, nos rectificaron los criterios. Comenzamos viendo extensamente el concepto de liturgia de la Sacrosanctum Concilium: *La obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual. Por esto en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino. [...] Con razón, pues, se considera, **la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no es igualada por ninguna otra acción de la Iglesia. Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica.** (Cf. SC I)*

Después tuvimos unas clases sobre el modo monástico de celebrar la liturgia. Y en consecuencia, a la luz de lo que comprendimos, fuimos poniendo los medios para mejorar. Lo mismo que dijimos acerca de la dimensión cristiana y espiritual, nos sucedió con la liturgia: al poner en el centro a Aquel que es el verdadero autor y protagonista de la acción litúrgica, lo demás fue ordenándose. Esto requirió y sigue requiriendo esfuerzo y tiempo, pero se lo dedicamos, porque bien vale la pena y Dios bendice a manos llenas. El regalo final de este recorrido fue que este empeño por la sacralidad y la belleza, se convirtió en una fuente de atracción para las vocaciones.

Dimensión religiosa y contemplativa

Dijimos que la candidata que ingresaba es mujer, es cristiana y desea ser religiosa. Vamos a ver este último aspecto.

Como en todo hay que empezar por la identidad: una religiosa es una persona bautizada que recibe una especial vocación y un don del Espíritu Santo para vivir la consagración bautismal con la connotación de total radicalidad. A nuestras aspirantes tenemos que enseñarles que la vida religiosa no consiste solamente en seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo por encima de todo, cosa que se le pide a todo discípulo, sino vivirlo y expresarlo con la adhesión “conformadora” con Él de toda la existencia, es decir, reproduciendo mediante la profesión de los consejos evangélicos aquella forma de vida que Él eligió al encarnarse. Este es el sentido y el porqué de los votos de castidad, pobreza y obediencia. La perspectiva que nos toca mostrarles sobre los consejos es la Persona de Jesús. Hay un aspecto ascético, un recorrido que hay que ayudarles a asumir progresivamente, Como en todo hay que empezar por la identidad: una religiosa es una persona bautizada que recibe una especial vocación y un don del Espíritu Santo para vivir la consagración bautismal con la connotación de total radicalidad. A nuestras aspirantes tenemos que enseñarles que la vida religiosa no consiste solamente en seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo por encima de todo, cosa que se le pide a todo discípulo, sino vivirlo y expresarlo con la adhesión “conformadora” con Él de toda la existencia, es decir, reproduciendo mediante la profesión de los consejos evangélicos aquella forma de vida que Él eligió al encarnarse. Este es el sentido y el porqué de los votos de castidad, pobreza y obediencia. La perspectiva que nos toca mostrarles sobre los consejos es la Persona de Jesús. Hay un aspecto ascético, un recorrido que hay que ayudarles a asumir progresivamente. Los votos nos conducen a un despojo interior, mediante la renuncia de bienes en sí mismos buenos. Nuestro Santo Padre nos dirá que esa renuncia es “para concurrir con todas nuestras fuerzas al servicio del Esposo celestial, mediante una castidad purísima, una pobreza despojada de todas las cosas y una obediencia basada en la perfecta abnegación de la propia voluntad”. En la Visitación todas las fuerzas se concentran para potenciar el matiz de radicalidad con que tenemos que vivir los votos. No tenemos austeras austeridades, pero en cuanto al mundo interior, la abnegación es total. Vivir la radicalidad de los consejos sólo vale la pena cuando hemos encontrado en Cristo el tesoro escondido, por el cual llenas de alegría, vendemos todo y compramos el campo.

Dada la importancia del tema, es muy conveniente tener un material específico y desarrollado, que se estudie y profundice de modo más intensivo en el 2º año del noviciado.

Además de formar a la religiosa, hemos de formar a una **contemplativa**.

La búsqueda del rostro de Dios, la unión con Él en la oración y la contemplación de las cosas divinas constituyen el corazón de la vida monástica. De la enseñanza de Jesús: “Es necesario orar siempre” (Lc 18, 1), una contemplativa hace una exigencia, un anhelo y una necesidad. Los antiguos maestros enseñaban a orar a sus seguidores; así, encontramos en el Evangelio que los apóstoles le dicen a Jesús: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”. (Lc 11, 1). Por tanto, se puede y se debe formar en la vida de oración. ¿Por dónde empezar? La oración, como las cosas vitales, se aprende de rodillas, porque es un misterio que nos sobrepasa. Por eso, “el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, pues no sabemos orar como conviene.” El consejo que Nuestra Santa Hermana recibió de su Maestra: “vaya a ponerse delante del Señor como una tela delante del pintor”, está en la base de todo método. La oración no es simple tarea humana de reflexión, es ante todo acción del Espíritu, que nos va introduciendo en la comunión divina, en la vida trinitaria, hecha de conocimiento y amor substanciales. La oración es la puerta por la que entramos en esa corriente de amor. Para poder formar contemplativas hay que empezar por ser un alma de oración, alguien que conoce la ruta del amor por el contacto asiduo con Cristo. Al enseñarles a orar a las que comienzan, les mostramos la manera de entablar relación con la Persona amada, conocida y cada vez más conocida y amada. La asimilación de los sentimientos de Cristo como finalidad del proceso formativo, encuentra en la oración un medio insustituible. Formar “hijas de oración” implica también dar a conocer los caminos del Espíritu y no poner ningún obstáculo a este misterio que se desarrolla, si le damos lugar, en el secreto de nuestra intimidad. Eso significa conocer las leyes de la vida interior, las etapas y grados de oración, las dificultades y escollos del camino, las herramientas que los maestros espirituales nos brindan. Esto hemos de procurarles a las Hermanas en formación: se les enseña a hacer la lectio divina, el método de meditación según Nuestro Santo Padre en la Introducción a la Vida devota para comenzar, el libro VI del Tratado del amor de Dios, el Tratado de oración de Nuestra Santa Madre. Y, junto con esto, debemos asegurarles el clima propicio, de recogimiento, de soledad, silencio y acompañamiento personal, requisitos necesarios para que puedan lanzarse a navegar mar adentro.

Dimensión visitandina

Ahora se trata de formar a la visitandina o sea darle la forma propia de nuestra espiritualidad. En cierto modo, tenemos que seguir el criterio del que hablamos al pensar en la formación como “creación y recreación”. Si la persona está llamada a la Visitación tiene, de alguna manera, el programa “escrito” en su humanidad. Aquel que

la creó y la llamó, o sea, Cristo, que vive en ella por el Bautismo, la dotó de cualidades, de condiciones, como si dijéramos de ciertos “receptores” especiales, para captar de toda la infinitud de su misterio, aquellos rasgos puntuales o los aspectos principales, que son el alma de nuestra espiritualidad. Todo lo cual se traducirá en gracias particulares, afinidades y atractivos secretos por lo nuestro. Esto es un don que hay que despertar en las que comienzan; hay que hacérselo descubrir, en la oración, en el diálogo personal, mostrándoselo nosotras con la vida, de manera que termine identificándose con esta riqueza que se les propone: nuestra identidad visitandina. Nuestra responsabilidad es que comience viéndola reflejada en nosotras y que empiece a sentir que dentro de ella le hace eco, responde a sus aspiraciones, corresponde con sus deseos, le hace intuir que si va por ese camino, encontrará lo que busca, porque es lo que Dios quiere para ella. Este camino sólo se puede emprender a la luz de un gran amor. Una vez que se despertó este movimiento, esta hambre, empieza el proceso de asimilación. Esta imagen de la asimilación con que la Iglesia define el proceso de la formación es perfectísima. Nuestro Santo Padre la asume como lo peculiar del dinamismo formativo. En el prólogo a la Regla donde nos está proponiendo todo el camino (principio, fin, medios, desarrollo, dimensiones, etc.), nos dice esto: “Venid, ¡oh Hijas de bendición eterna!, y como le fue dicho a Ezequiel y al muy amado del Amado de vuestras almas: venid, tened, tomad y comed este libro, tragadlo; llenad de él vuestro pecho y alimentad con él vuestros corazones; que sus palabras estén día y noche ante vuestros ojos para meditarlas y en vuestros brazos para practicarlas y que todas vuestras entrañas alaben a Dios por ellas”.

“Tomad y comed”, son también las palabras propias del Sacramento de la Eucaristía. Sabemos que en este caso el comer tiene un resultado inverso al de la alimentación física. En el plano natural, lo que como se transforma en mí. En la Eucaristía comemos, pero el alimento no se transforma en nosotros, sino que somos asimilados y transformados en el Pan que comemos y aquí lo mismo sucede con nuestra espiritualidad, simbolizada en el libro. “Tomad y comed este libro”, nos dice Nuestro Santo Padre; nuestra iniciativa es el esfuerzo de acercarnos a la mesa de nuestra espiritualidad, en la que después seremos asimiladas. El efecto de nutrirnos consiste en que el espíritu de nuestra vocación, se hace alma de nuestra alma, latido de nuestro corazón, porque es una Vida, el Corazón de Jesús manso y humilde, que viene a otra vida, la mía y me asimila. Tiene una fase dolorosa, porque al igual que la Eucaristía, este alimento misterioso me sumerge en un morir: “Amargura dará a vuestro interior, porque os conduce a la perfecta mortificación de vuestro amor propio.” Pero el desenlace es feliz, es pascual, es muerte para la vida: “vuestra acerba amargura se convertirá en la suavidad de una paz muy abundante y seréis colmadas de la verdadera felicidad”, lo mío desaparece y aparece el espíritu de Jesús, Su Corazón, que una visitandina ha de hacer presente. Una formadora tiene que estar experiencialmente convencida de esto para poder transmitirlo. Sobre este fundamento colocamos el contenido propio de nuestra Orden: el misterio de la Visitación, nuestras Constituciones, el Directorio Espiritual, vida y obras de nuestros Santos Fundadores, nuestra Santa Hermana Margarita María y la devoción al Corazón de Jesús, la historia

de la Orden. Todo ello buscando conocer y profundizar nuestro carisma de vida contemplativa, vivida en comunidad de amor; nuestra misión de ser hijas de oración, adoradoras en espíritu y en verdad; nuestro espíritu de humildad, dulzura, pequeñez, alegría, sencillez, mortificación interior en lugar de austeras austeridades, abandono al beneplácito divino.

Formación de formadoras

Con respecto al papel de los formadores, Juan Pablo II en *Vita Consecrata* nos dice: “Dios Padre, en el don continuo de Cristo y del Espíritu, es el formador por excelencia de quien se consagra a Él. Pero en esta obra Él se sirve de la mediación humana, poniendo al lado de los que Él llama algunos hermanos y hermanas mayores. La formación es pues una participación en la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón los sentimientos del Hijo. Los formadores y las formadoras deben ser, por tanto, personas expertas en los caminos que llevan a Dios, para poder ser así capaces de acompañar a otros en este recorrido” (VC 66). Para mí, aquí está expresada una de las condiciones esenciales para ser una buena Maestra: tiene que haber una aceptación (intelectual, primero, y con consecuencias prácticas después) de que se trata de una mediación; este es como el punto clave, el nervio interno, teologal, que conecta a la formadora con la fuente de la que ella tiene que ser canal. No pasemos de corrido estos conceptos: hay un formador por excelencia, Dios Padre, que se sirve de mediaciones humanas, los formadores. ¿Cuál es su papel? Nada menos que participar en la acción del Padre. Es lógico que nos pida que sean personas expertas en los caminos de Dios. No es fácil ser maestra de vida interior y asumir como tarea principal discernir, guiar y acompañar el crecimiento de la vida espiritual de sus hermanas. La formadora, como mediadora, pone en el centro de la relación formativa a Cristo, único Maestro, no a sí misma. Nuestras Constituciones lo expresan así: “Debe saber borrarse en el corazón de las novicias, para dejar allí todo el lugar a Cristo” (cap. 27, nº 108). Necesita renovar constantemente la conciencia de que el Señor es el protagonista de su obra. Una formadora tiene que ser un alma de oración, que muestre con su vida la belleza del seguimiento del Señor y del carisma. Para esto tiene que estar ella misma en formación permanente, ser una religiosa convencida, comprometida, que “se trabajó” mucho a sí misma, consciente de sus límites y de que también está en camino, atenta a la acción de la gracia en sí misma y capaz por ello de discernirla en los demás. Si esa tarea es participación en la que Dios hace, tiene que tener el estilo de la de Dios. Ser formadora es, pues, una oportunidad que Dios regala a una hermana para su propio crecimiento personal y espiritual, mediante el compromiso de formar a los demás. Para ejercer bien su misión, tiene que obrar con rectitud en la presencia advertida de Dios; esto la preservará de la tentación de todo aquel que tiene el liderazgo o la conducción de las personas: buscar sus intereses, apoyarse en sus puntos de vista o llevar a los demás a sus opciones personales. El trabajo de conversión personal de una Maestra pasa fundamentalmente por ahí: salir del centro. Por eso una formadora debe forjar y confrontar constantemente sus

criterios a la luz de la Sagrada Escritura, de la Tradición, del Magisterio de la Iglesia y de las enseñanzas de nuestros Santos Fundadores; su autoridad moral emana de esta actitud humilde y de la lealtad con que procura cimentar su vida en la búsqueda del Señor. La formación no consiste sólo en transmisión de conocimientos, sino en impulsar con la propia vida, incitando y alentando con el propio testimonio a levantar el vuelo: “como el águila incita a su nidada revolando sobre los polluelos”. Por eso no es sólo la palabra -en las instrucciones o en los diálogos personales-, la que forma: es toda la persona la que forma, compartiendo la vida. La formadora es o debe ser un referencial. Debe estar apasionadamente enamorada de Jesucristo, de modo que todo en su vida converja hacia Él y hable de Él. Hay que amar este servicio e identificarse con él. Ser Maestra es mucho más exigente que hacer de Maestra. ¿Qué quiero decir con esto? Que la educación, la formación comienza con el atractivo que despierta el ver en la formadora una experiencia viva. Lo que educa a los jóvenes es la forma viva de relación con lo real, es decir, el nexo que existe entre lo que el formador enseña y lo que vive. Si yo soy Maestra, debo tomar conciencia de que la destinataria de mi enseñanza es una persona hecha para mi mismo destino y para mi misma verdad. Yo, Maestra, con mi vida debo mostrarle a aquella a la que formo al Corazón de Cristo como contenido de su destino, al Corazón de Cristo como horizonte para el que está hecha su vida, al Corazón de Cristo como fuente de la felicidad para la cual y hacia la cual ella y yo nos pusimos en camino en esta vocación. En segundo lugar, tengo que considerar que aquella a la que estoy formando es una persona y, por lo tanto, es libre. Esto significa que mi primer deber y tarea debe consistir en comunicar e iluminar su inteligencia con verdades y razones. Saber dar razón: cuanto más ampliamente, más lealmente, más apasionadamente, más claramente se dé razón, más justo y convincente se volverá mi modo de enseñar. Resumiendo: partimos de un testimonio de vida, una experiencia que se está transitando y se transmiten las razones de por qué vivimos así en la Visitación. Repasemos ahora la antigua Constitución de la Maestra y veremos como la pedagogía que Nuestro Santo Padre proponía sigue este itinerario, respetuoso de: “De la buena formación y dirección de las novicias, depende la conservación y fidelidad de la Congregación.” Esto lo encontramos expresado como premisa fundamental en todos los documentos magisteriales, de Perfectae caritatis en adelante. “Por tanto, la Maestra que debe tener el cuidado de ello ha de ser no solamente discreta, dulce y devota, sino la misma dulzura, discreción y devoción...”, aquí encontramos el impacto del testimonio real, la coherencia, la transparencia, el nexo entre lo que la formadora enseña y vive. Y a continuación: “Una idea, sobre todo, tratará de hacerlas concebir y entender perfectamente y es la intención que deben haber tenido en la elección que han hecho.” Se trata de una libertad que, para fundar su elección, necesita ser iluminada con razones. Hay una razonabilidad profunda, hasta ontológica en la formación de la Visitación; no se trata sólo de normas a imponer porque sí. Trato de explicarme: no es fácil captar el secreto y la misión que Dios confió a la Visitación, ese surco gozoso y oculto en el cual Él nos puso a morir como la semilla; la consigna es ésta: **“La Congregación no pretende otra cosa que formar almas humildes”**. Este es el grande y principal desafío de una Maestra de la Visitación, su más ardua tarea: primero buscar apasionadamente ella misma esta configuración con

Cristo humilde, para poder, después, formar almas humildes. ¿Esto qué significa? Que la forma que Jesús quiere aquí para nosotras es la Verdad: almas que caminen en la verdad, que amen su pequeñez, que se mantengan con la conciencia despierta de que todo lo que son y tienen les es dado por Quien las ama, que por Él busquen el último lugar, porque el primer lugar es para Él, que descansen ahí, que no necesiten público porque les basta la mirada de Dios. Nuestra Santa Madre es magistral en esta materia: **“No encuentro regla en el Instituto que más nos obligue que ésta: hacer todas las cosas en espíritu de profunda, sincera y franca humildad”**. ¿Por qué buscamos la humildad en todo en la Visitación y de forma apremiante y en ese grado de profundidad, sinceridad y franqueza? ¿Por qué no excusarnos nunca, no pedir nada, no rehusar nada? ¿Por qué nuestro brillo es no tenerlo y nuestra grandeza es la pequeñez? ¿Por qué la corrección? ¿Por qué, en definitiva, este llamado a una abnegación tan radical? Porque el Corazón de Jesús nos quiere así, nos eligió para esta identificación con El y esto es una gracia que no tiene precio; Él se fijó en nosotras nada menos que para seguir palpitando en el mundo, a través de nuestra entrega desarmada. Como decía, hay una razonabilidad profunda en esto, en este ir contracorriente de nosotras mismas. Primera razón: Él renueva su Encarnación, su reino vuelve a bajar al mundo a través de la modalidad de la Visitación, es decir, a través de la humildad, como lo hizo hace 2.000 años. Segunda razón: este modo de vida que se nos pide nos es posible, porque la fuerza para este ir muriendo cada día, martirio del amor, está en nosotras pero no viene de nosotras. ¿De dónde brota nuestra capacidad de entrega?: “esta Congregación está fundada espiritualmente sobre el monte Calvario”, hay un lugar espiritual, esto no es una imagen piadosa sino una realidad, hay un origen místico, donde se consumó el sacrificio de Jesús; y la fuerza y la gracia nos vienen de ahí. Todo en la Visitación se ordena a esto: a este desaparecer para que Él sea, es decir, a nuestra consumación en el amor. Los medios son pequeños y pobres, escondidos también a nuestros propios ojos, pero bajo esa apariencia tan modesta, de poco y nada, se va gestando algo muy grande, vamos muriendo para que Él viva. Y esto es la Pascua en la Visitación. Y lo vivimos con profunda alegría: somos pobres, pequeñas, pocas, desconocidas, opacas, pero nos podemos estremecer de gozo como María, porque Él nos miró y nos sigue mirando justo ahí, en nuestra pequeñez y lo único que nos interesa es que Él nos mire. Esta es la gran razón que tenemos que comunicar y hacer entender perfectamente a las que nos son confiadas. Para eso entramos a la Visitación.

“De cara a tareas tan delicadas, resulta verdaderamente importante la preparación de formadores idóneos” (VC 66). En las disposiciones del documento *Vultum Dei Quaerere*, el Papa nos dice: “Además del cuidado en elegir a las hermanas llamadas como formadoras a acompañar a las candidatas por el camino de la madurez personal, cada uno de los monasterios y las federaciones promuevan la formación de las formadoras y de sus colaboradoras.” (art. 3, 3) ¿Cómo lo hacemos en nuestra pequeña Visitación? Hay países en que las Conferencias episcopales, a través de las comisiones para la vida consagrada se están ocupando de la formación de las contemplativas en forma organizada, con cursos sistemáticos de varios años. Con la ventaja de que el estudio se hace en el Monasterio y se ajusta a las posibilidades de cada Comunidad,

respetando el ritmo de los tiempos, la vida de oración y sin alterar el horario común. Se procuran libros, material escrito y digital; se brinda asesoramiento personal y se evalúan resultados por medio de cuestionarios. Eso significa una renovada toma de conciencia sobre el papel de los monasterios en la vida de la Iglesia; en otros tiempos fuimos baluartes de patrimonio cultural.

En un nivel más modesto, cito este ejemplo. En nuestra Federación, Madre María Clara Cuervo, durante su período como Federal, ante la solicitud de los monasterios que le expresaban su necesidad de Hermanas capaces de desempeñar el cargo de Maestras, decidió hacer un curso virtual con un envío mensual de un material de lectura, estudio y trabajos prácticos, basado en el comentario del Directorio de la Maestra. Son iniciativas que van surgiendo; hay que seguir concientizando y sembrando en este terreno.

El discernimiento

Al definir el servicio de la Maestra de novicias, nuestras Constituciones nos dicen que ella, junto con la Superiora, tienen la misión de discernimiento de una verdadera vocación. Discernir implica hacer luz, realizar un juicio prudencial de valoración y hacer la verificación sobre la validez de ese juicio; en las responsables de esta tarea tan decisiva hay una gracia de estado especial para llevarla a buen término.

En toda vocación hay dos realidades: la primera, que nos trasciende totalmente, es la decisión absolutamente libre del Señor al llamarnos, la primacía absoluta de su gracia en la vocación, “Jesús pasó la noche en oración...llamó a los que quiso para que estuvieran con Él”; la segunda, es la respuesta humana que, a través de ciertos signos concretos, nos deja entrever ese paso del Señor por nuestra vida. Esos signos indicativos que, en un principio, nos permiten evaluar si estamos delante de una auténtica llamada de Dios son: el deseo firme y constante de consagrarse a Él; la rectitud de intención; la idoneidad física y psíquica. Por parte de la candidata que se presenta hay un *querer* (deseo y recta intención) y un *poder*, o sea, ser capaz de responder (la idoneidad). Quien discierne debe poder contar con esa premisa del querer y poder: son los requisitos suficientes para vislumbrar una posible vocación. El *querer* suele ser expresado por las jóvenes hoy como el deseo de algo más, de una plenitud que, a veces, no saben cómo definir, una atracción por la Persona de Cristo, que antes no experimentaban, un sentimiento de vacío en todo lo que hacen y tienen, etc.; Nuestro Santo Padre en los Entretenimientos, señala en este punto, un gran abanico de motivaciones no válidas, pero que con el tiempo Dios va purificando. El *poder* se manifiesta como el terreno propiamente dicho del discernimiento, ya que no basta el deseo. Muchas personas se presentan, de hecho, con deseos de consagración, pero al no tener las condiciones, eso nos da la pauta de que no hay un llamado. El *poder*, entonces, consiste en la posesión de condiciones precisas y la ausencia de impedimentos. Estos se encuentran definidos en el Derecho Canónico (642 y ss) y en las Constituciones (215 y ss) como puntos de referencia objetivos para evaluar la presencia de una verdadera vocación. Tenemos que ser muy leales con la persona que

se presenta y con la Comunidad, no apresurando etapas. Es necesario que transcurra un tiempo de reflexión para un conocimiento mutuo.

Hay algunos aspectos que, dada la problemática actual, la Iglesia nos aconseja tener en cuenta, sobre todo en lo concerniente a la idoneidad psíquica. En 2008 hubo un documento de la Sagrada Congregación para la educación católica sobre este tema. Se refiere a la admisión y formación en los Seminarios, pero tiene elementos que nos pueden esclarecer también a nosotras: "Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al Sacerdocio". Contiene afirmaciones como ésta: "los errores de discernimiento de las vocaciones no son raros, y demasiadas ineptitudes psíquicas, más o menos patológicas, resultan patentes solamente después de la ordenación sacerdotal. Discernirlas a tiempo permitirá evitar muchos dramas".

En cuanto a la primera admisión, para el ingreso existe una herramienta, que la ciencia nos brinda, que es el psicodiagnóstico. No es que la psicología nos va a decir si la candidata tiene o no vocación; el psicodiagnóstico nos aporta datos para la verificación de las condiciones señaladas en las Constituciones. Nosotras decidimos echar mano de esto después de experiencias negativas en este terreno. Buscamos una profesional católica, que aprecia y comprende la vida religiosa. En un primer contacto con ella, nos preguntó qué considerábamos como puntos claves a evaluar en una persona que manifiesta deseos de abrazar nuestra vida. Casi sin pensarlo demasiado, hicimos una lista de prioridades y se la mandamos por correo electrónico. Cuando estaba preparando este tema, me acordé y busqué ese correo. Se los comparto, porque creo que hay criterios de base que podrían ayudar:

"Mira: necesitamos *saber si las jóvenes que vienen con inquietud vocacional gozan de un juicio sano y recto, suficiente madurez de carácter, buen equilibrio afectivo y nervioso, y una definida identidad sexual.* Después durante el proceso se va viendo lo demás.

Como vivimos en un lugar cerrado, se necesita buena capacidad de adaptación, de dejarse enseñar, es decir, de una mínima disposición de aceptar lo que se les dice como bueno, buena relación para favorecer la vida comunitaria.

La vida contemplativa es relación con Dios y el espíritu de nuestra Orden es precisamente la humildad para con Dios, que se traduce en dulzura para con el prójimo.

Esto significa tender puentes sanos, en todas las direcciones, con Dios, consigo mismo, con los demás y con la realidad.

Es una vida de soledad y silencio, llena de un diálogo con Cristo vivo.

Cuando hay problemas de adaptación, existe el riesgo del repliegue sobre uno mismo. El salir de uno mismo y poner en el centro de la existencia al Señor no nos sale espontáneamente; conlleva un arduo trabajo. La clausura y la soledad no es búsqueda de uno mismo, de una paz egoísta, sino que son los medios que nos permiten un camino de purificación del corazón para que este se abra a Dios y, en Él, al servicio del mundo.

Para asimilar estos contenidos tiene que haber parámetros de normalidad porque esta vida nos coloca desde el inicio de cara al drama más profundo (y bendito!!!), del corazón humano: nuestra miseria amada como lugar del verdadero encuentro con Jesús, la entrega de nuestra libertad que adhiere con gozo a la única relación que nos plenifica que es Él y dejarle las riendas de la propia vida a un Amor que nos inunda.

Todo esto sería "ideal", pero lo que habitualmente sucede es que, en el "camino", el Señor, que nos fascina, nos va haciendo madurar, si estamos abiertas y somos dóciles a su voz. Él nos va vaciando de toda nuestra falsa estructura y luego nos da SU contenido, el verdadero. Para esto hay que tener al menos un mínimo de docilidad y humildad."

Lo que quisimos decir es que hay una evaluación inicial, en la que el psicodiagnóstico nos ayuda. Y después comienza el camino de formación y maduración, en el cual el discernimiento continúa progresivamente, pasando por las distintas etapas con sus objetivos y sus medios propios. La obra de la gracia en estas instancias, el conocimiento de la espiritualidad de nuestros Fundadores, la experiencia concreta de la vida de oración, de la vida fraterna, la soledad, la ascesis y todo lo que la Orden ofrece como recorrido formativo, permitirán hacer una verificación probada por el paso del tiempo.

La Maestra deberá hacer un seguimiento personalizado. “El principal instrumento de discernimiento y formación es el coloquio personal, que ha de tenerse con regularidad y frecuencia, y que constituye una práctica de comprobada e insustituible eficacia.” (VC 65) Hay que dedicarse, el tiempo empleado en esto nunca se pierde.

Nuestras Constituciones señalan como criterio de vocación auténtica: la vida de intimidad con el Señor manifestada por conversiones precisas, la acogida de la verdad a través de las advertencias y acontecimientos, la libertad espiritual adquirida gracias a la mortificación de los defectos y pasiones con respecto al temperamento, historia personal, familiar, etc.; el olvido de sí para entrar en las preocupaciones de los otros, las exigencias comunitarias, la vida en la Iglesia.

Siguiendo los documentos del Magisterio podríamos añadir otros signos de madurez humana y religiosa: la estabilidad de espíritu, la sinceridad y la fidelidad a la palabra dada, la aceptación del sentido de autoridad, la capacidad de tomar decisiones, la rectitud de juicio, el sentido de responsabilidad, capacidad de vivir la fraternidad en la dulzura, la cordialidad, el respeto y el perdón mutuo, afectividad sana, aceptación de su feminidad, dominio de sí, capacidad para la soledad y silencio, flexibilidad y firmeza, comprensión, paciencia y alegría, aceptación de lo que es vivir en humildad, el atractivo por la pequeñez y sencillez.

Como criterios negativos podemos indicar: el disgusto estable por la oración y demasiada dificultad para el silencio y la soledad, los problemas de relación en la vida fraterna, los conflictos permanentes con la autoridad, el descontento y la queja habituales, la crítica sistemática, la falta de sinceridad, los cambios repentinos de humor, de ideas, la terquedad, el egoísmo en todas sus formas, la dificultad a comprometerse en la vida común, el repliegue sobre sí misma, la susceptibilidad no reconocida.

En los escritos de Nuestros Fundadores tenemos enseñanzas muy valiosas sobre el discernimiento. Nuestro Santo Padre se ocupó extensamente del tema en los Entretenimientos espirituales. Y Nuestra Santa Madre, respondiendo a las preguntas que se le hacían amplió el tema con consejos prácticos muy útiles.

Se ve que esta cuestión siempre fue motivo de gran interés. En la Conversación titulada “Normas para recibir a las Hermanas o admitirlas a la profesión”, Nuestro Santo Padre comienza diciendo: “Hace ya bastante tiempo algunas Hermanas me lo

preguntaron... y estaba en deuda hasta ahora.” Dice que para él, el mejor medio para discernir es éste: “una verdadera vocación no es sino una voluntad firme y constante de la persona llamada, de servir a Dios, de la manera y en el lugar donde la llama. Esta es la señal más clara para reconocer la bondad de una vocación.” Y aclara: esa constancia no está exenta de repugnancias, frialdades y dificultades. Con esto ubica a la sensibilidad y al fervor sensible en su lugar, relativizándolo. Insiste en que la comunidad es una escuela donde venimos a aprender y las que perseveran son las que conservan esa voluntad de dejarse enseñar. Para un buen discernimiento, dice que hay que tener en cuenta que todas las cosas buenas que se dan en los inicios del camino, tienen que pasar por la prueba del tiempo, que todo lo acrisola. Nos pide conocer el carácter, los procederes y costumbres de las novicias, reconociendo también que en muchas cosas pagamos tributo a una mala educación recibida. Cuando las dificultades que presentan las candidatas nos hacen dudar acerca de su admisión, el punto que decidirá la cuestión será si aceptan o no la corrección, en lenguaje suyo: “si toman o no los remedios para curarse”. Nuestro Santo Padre le da también suma importancia al discernimiento comunitario, o sea, escuchar los pareceres en el Capítulo; y así nos dice: “¿para qué son éstos sino para que oyendo la opinión de todas las hermanas se decida mejor lo que debe hacerse?”. Señala como razones para despedirlas: la inconstancia, la desigualdad de ánimo, la volubilidad, el malestar sostenido con respecto a la vocación, la excesiva blandura consigo misma.

Nuestro Santo Padre, a la hora de discernir, se fija en la persona en sí misma, en sus condiciones actuales y, según ellas, lo que se puede esperar a futuro como posible camino de crecimiento. Nuestra Santa Madre, en los consejos que nos da para el discernimiento, nos añade otro aspecto a considerar, también capital; ella tiene como telón de fondo un poner en paralelo la persona y el bien de la Comunidad; y da la prioridad a este último. Cuando se trata de decidir, nos pide hacerlo muy de cara a Dios y no tener en cuenta ningún tipo de presiones, como el entorno, la necesidad de la Comunidad, el tema económico, el disgusto o la reacción de la familia, etc. Menciona enfermedades puntuales, incompatibles con nuestra forma de vida, por las repercusiones que éstas tienen en lo espiritual y, por lo tanto, en la vida comunitaria. Cuando se proponen las Hermanas al Capítulo, dice textualmente: “debemos considerar varias veces delante de Dios si tiene las disposiciones que se requieren, como juicio sano, buen natural, que no sea violento, ni ligero, buena voluntad.” Detrás de sus consejos se adivina esta convicción, que hoy la Iglesia también nos señala: la comunidad, que ofrece un espacio ideal al crecimiento de una persona espiritual y afectivamente sana, no es capaz por sí misma de colmar las necesidades de personas con problemas de inmadurez en sus relaciones; Nuestra Santa Madre nos diría: “no son sanas de corazón y de alma”. Todos sus criterios revelan una sensatez, un conocimiento de la naturaleza humana y un sentido común, “poco comunes”.

Teniendo en cuenta todo lo que hemos reflexionado, quisiera subrayar esta constatación que todas podemos corroborar: nuestra vida visitandina vivida con todas sus exigencias es de por sí, altamente formativa, está pensada por Dios desde su “ratio” infinita, desde su plan eterno, sirviéndose del canal de Nuestros Santos Fundadores, para recrear humanidades nuevas, que asimilan, en el día a día, los sentimientos de Cristo, en especial la humildad y la dulzura de su Corazón, con los medios puestos a nuestro alcance: la liturgia, la oración personal, la vida fraterna, la observancia, la ascesis. Todo está divinamente armonizado.

Cito un último testimonio de una de nuestras novicias para terminar: “Desde el día en que llegué a esta casa, y conforme va pasando el tiempo lo sigo confirmando cada vez más, me di cuenta de que: la Visitación tiene lo que el mundo y la Iglesia necesitan. A medida que fui conociendo la espiritualidad de Nuestro Santo Padre, fue creciendo en mí el deseo de que este “ladrillo”, esta “base”, este “fundamento” fuese conocido por otras congregaciones, Institutos, por creyentes y no creyentes. Pues Dios le dio a él la gracia para comprender que sin la base humana, sin la humilde aceptación de saberse amado en su pobreza, deseado, pensado, creado por Dios, no se puede construir nada, no puede haber santidad. Santidad es ser plenamente aquello para lo cual Dios me llamó a la existencia, sin pretender ser ni más, ni menos, porque “Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno.”

Ante el inmenso desafío formativo que nos plantea el mundo de hoy, la Visitación tiene una respuesta muy segura, válida y actual.